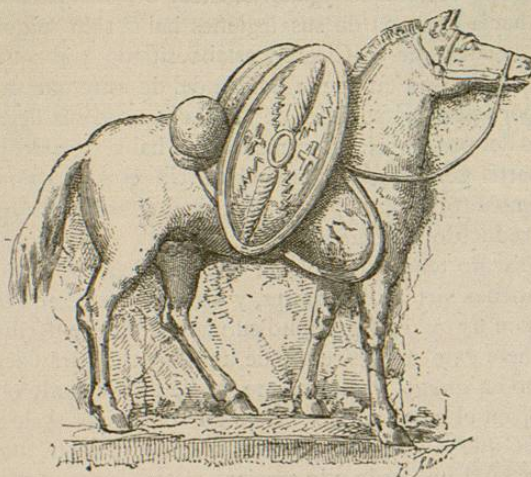


zas. Únicamente los remos y los eduos permanecían firmes en una fidelidad que habrían pagado muy cara, si César hubiera sido vencido.

Antes aun de la primavera, Induciomaro hizo tomar las armas á los treviros y atacó el campo de Labieno, el cual, imitando la táctica de su jefe, se dejó insultar muchos días por los galos, que venían hasta las trincheras á retarlo á la pelea; hasta que una tarde que el jefe galo se retiraba con algunos de los suyos con negligencia y sin orden, hizo abrir Labieno las puertas y lanzó su caballería á rienda suelta, prometiendo grandes recompensas á quien le trajera la cabeza de Induciomaro.

El treviro cayó traspasado de dardos, y su muerte dispersó su ejército y contuvo á los eburones, nervios, aduatuos y menapios, ya en marcha para incorporarsele.

A la asamblea general que el procónsul convocó en Samarobriua, los senones, los carnutes y los treviros rehusaron enviar sus diputados: era una declaración de guerra. César la aceptó con alegría, porque tenía necesidad de le-



Caballo de carga, llevando escudos. (Columna Trajana).

vantar con ruidosos triunfos la reputación de sus armas, y se había preparado durante el invierno con tres nuevas legiones venidas de Italia (1) á tomar una pronta venganza de aquellos pueblos que ponían en cuestión la obra de cinco años y comprometían su fortuna, reteniéndolo lejos de Roma donde tenía que hacer otra guerra. Prorrogó los Estados, cuya próxima reunión quiso que fuera en Lutecia, entre los parisios. Y entra en la historia nuestra gran ciudad, siendo el fundador del imperio romano el primero que pronuncia su nombre.

De Samarobriua pasó rápidamente César al país de los senones, los cuales, no habiendo acabado los preparativos, tuvieron que pedir la paz. El procónsul iba resuelto á dar á este pueblo un ejemplar castigo; pero la intervención de los eduos, sus antiguos aliados, los salvó. Los carnutes debieron también su salvación á la mediación de los remos. Pero las dos ciudades entregaron toda su caballería y numerosos rehenes.

La cólera del procónsul fué á caer sobre Ambiorix y los eburones, y para hacer su venganza más completa, los cercó. Los menapios, sus vecinos por la parte del Norte, únicos de todos los galos que no habían enviado nunca diputados á César, fueron asaltados por cinco legiones, que dejaron á retaguardia su bagaje para marchar con mayor presteza. Sorprendidos y forzados en sus bosques, solicitaron la

(1) Por consiguiente treinta cohortes para reemplazar las quince que había perdido con Sabino. Tuvo entonces diez legiones.

paz. Los treviros lindaban con los menapios, y atraídos por un ardid de Labieno á dar la batalla en un terreno desfavorable, hubieron de perder mucha gente y fueron obligados á aceptar por rey á Cingetorix, al cual habían expulsado. Volviendo al Este para cerrar la Germania al pueblo que quería proscribir, echó César un puente sobre el Rin, batió á lo lejos la otra orilla, prohibió á las tribus que la habitaban toda relación con la Galia; y seguro ya de que los eburones no podían escapársele, volvió sobre ellos sin demora. Su caballería tomó la delantera y cayó como una tempestad en medio de aquel pueblo condenado al exterminio, mientras diez legiones rodeaban el país y estrechando poco á poco el círculo, lo llevaban todo á sangre y fuego. César, que llamaba *rasa imbia* á aquella brava tribu, invitó á los pueblos vecinos á ayudarle en su obra de destrucción. Se incendiaron las poblaciones, se segaron los trigos, y durante muchos meses, se anduvo á caza de hombres en el inmenso bosque de *Arduenna*, adonde se habían refugiado los eburones.

Su anciano rey Cativolk, incapaz de luchar y aun de huir, se emponzoñó y murió maldiciendo á Ambiorix, causa de aquella guerra de exterminio. Por su parte, este caudillo, perseguido de cerca en todos sus retiros, ojeado y batido como una fiera, no tenía consigo ya más que cuatro jinetes; pero los prisioneros á quienes los legionarios obligaban á servir de guías, los engañaban con datos falsos, y pudo escaparse Ambiorix pasando allende el Rin á esperar días mejores.

De vuelta al país de los remos, reunió César la asamblea general, y con un vano simulacro de justicia, la obligó á juzgar la causa personal del jefe senonés Acón.

La sentencia, como puede comprenderse, estaba dictada de antemano, y Acón fué apaleado primero, y decapitado después.

La excomunión civil y religiosa cayó luego sobre sus cómplices y los promovedores de la sublevación de los carnutes que pudieron ser habidos.

VII. — SÉTIMA CAMPAÑA DE CÉSAR. — SUBLEVACIÓN GENERAL (52).

Estas ejecuciones aumentaron el odio del nombre romano, y durante el invierno que César pasó en Italia, se preparó otro levantamiento en numerosos conciliábulos. Los galos se unían al fin, y aunque á destiempo, estuvieron á punto de triunfar.

Sabíase que en Roma había creciente desacuerdo y mala inteligencia entre César y Pompeyo, y que acaso tuviera que permanecer en Italia el procónsul á causa de una guerra civil. Las legiones no estaban dispersas como el año anterior: dos de ellas acampaban entre los treviros, otras dos entre los lingones, y las seis restantes entre los senones; y como el invierno cerraba los pasos de los Alpes y de las Cevenas, se esperaba que, si el movimiento era general, fueran sorprendidas y derrotadas, antes que César pudiera venir en su ayuda. Para que el empeño fuera irrevocable, se llevaron los estandartes militares á un lugar apartado, y sobre ellos juraron los diputados de todos los pueblos adheridos tomar las armas en cuanto se diera la señal.

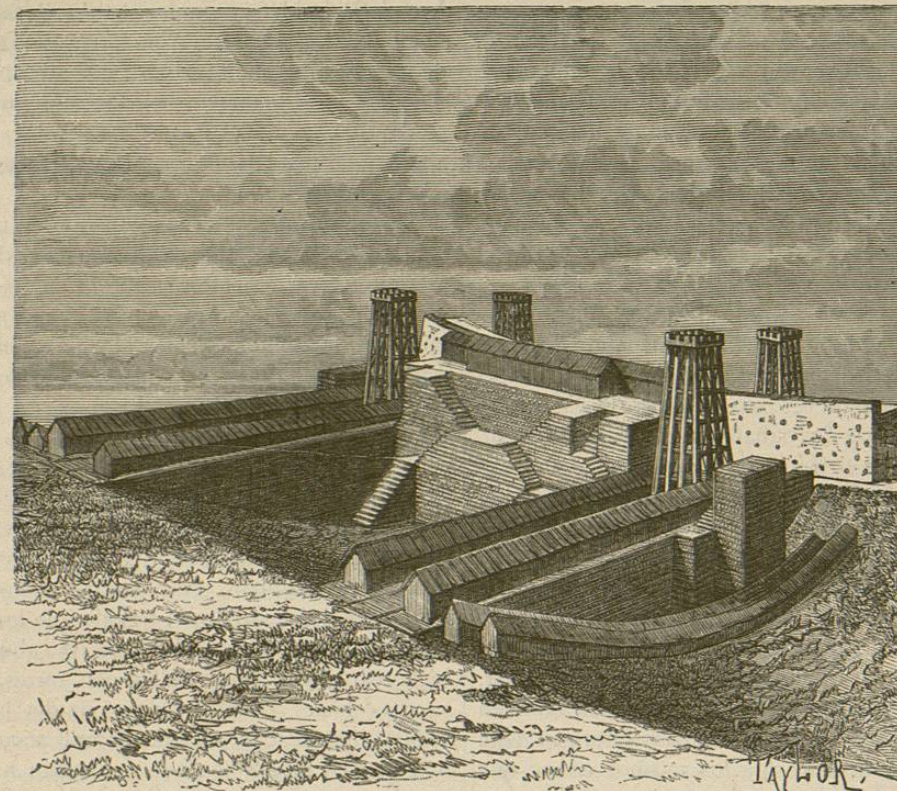
Partió del centro druídico de la Galia, del país de los carnutes, abrumados de requisiciones. El día señalado, este pueblo se lanzó sobre *Cenabum* (Orleans), ciudad comercial á orillas del Loira, y pasó á cuchillo á los negociantes italianos, que habían acudido allí en gran número. Aquella misma noche corrieron la noticia de pueblo en pueblo nu-

meros pregoneros dispuestos al efecto y previamente en los caminos, llegando á Gergovia, distante 160 millas (240 kilómetros) en el mismo espacio de tiempo.

Allí vivía un joven y noble arverno, que llamaba ya la atención por todas las prendas que estiman los pueblos belicosos: alta estatura, aire marcial, destreza en manejar un caballo de guerra ó en lanzar el dardo gálico; hasta su nombre era de buen augurio: llamábase *Vercingetorix*, esto es, el gran caudillo de los bravos. Habiendo querido su padre usurpar la monarquía, hubo de perecer en la demanda, y el hijo tenía la misma alta ambición. Ligado por relaciones de amistad con César, había contribuido sin duda á

mantener en paz á los arvernos durante las primeras campañas; pero viendo la agitación del partido popular en toda la Galia y la victoria que Ambiorix había estado para obtener, comprendió que había aquí un gran papel que desempeñar. En las asambleas públicas ó en las reuniones religiosas, dejaba adivinar su pensamiento, bien que no lo manifestara claramente. Pero bien se revelaba en los conciliábulos secretos, donde hacía ver á los suyos, como premio de su valor, á la Auvernia levantada de su abatimiento y puesta á la cabeza de las naciones galas, que habría redimido ella de la servidumbre extranjera.

En cuanto supo la matanza de Cenabum, armó á sus



Trabajos de aproche de los romanos. (Museo de San Germán.) (1)

clientes y proclamó la insurrección en Gergovia. Los grandes, su mismo tío, rehusaron asociarse á sus designios, y fueron bastante fuertes para expulsarlo de la ciudad. Entonces sublevó el pueblo de los campos, y César, injusto esta vez con su mayor adversario, lo presenta reclutando un ejército entre el desecho de la población y la gente perdida ó cargada de deudas. Eran, en efecto, los pobres; pero los pobres también protestaban contra la servidumbre y no querían resignarse á la dominación extranjera. Y debían ser la mayoría de la nación, pues vencieron sin combate la oposición de los nobles.

Volviendo con ellos á Gergovia Vercingetorix fué proclamado rey y se hizo el alma de la guerra santa. Envió urgentes mensajes á todos los pueblos, recordó los juramentos prestados, lo favorable de la ocasión, la necesidad de romper el yugo que por tanto tiempo se había ocultado bajo hipócrita desinterés y que tan onerosamente pesaba ya sobre las cabezas. Desde el Gárona hasta el Sena, todos los pue-

bls respondieron al llamamiento patriótico, y se le confió la dirección de la guerra.

Así, los arvernos y el centro de la Galia, que hasta entonces habían permanecido extraños á la lucha, iban á ponerse en primera línea. Estas defecciones alentaron el valor de los galos del Norte, y á pesar de la presencia de las diez legiones, los jefes de los bellovacos y treviros, arrastrados por el ejemplo del rey atrebatá Com, fiel amigo de César, durante mucho tiempo, prepararon la insurrección de sus pueblos. Labieno creyó poder prevenirla, haciendo asesinar á Com; pero el atrebatá sobrevivió á sus heridas para vengarse con más rencoroso empeño.

César había encontrado, en fin, un adversario digno de él. Vercingetorix imitaba la prodigiosa actividad del procónsul: reunía víveres y armas, fijaba los contingentes, tomaba rehenes, se ocupaba en formar una caballería formidable y daba á la liga una organización que había faltado hasta el presente en todas las tentativas de los galos. Pero no concediendo á nadie el derecho de mantenerse indiferente, extraño ú ocioso, ni menos el de desertar de la causa de la patria, hubo de mostrarse severo hasta la crueldad. Los traidores perecían en la hoguera ó en los tormentos; por una ligera falta hacía cortar las orejas ó saltar los ojos, despidiendo luego en libertad á los así castigados para que

(1) El dibujo representa una parte de muro galo en que las piedras están mezcladas con vigas; en este muro los sitiadores han levantado dos torres para batir las de los sitiadores, las cuales dominan la muralla, á fin de ahuyentar á sus defensores á flecha y piedra. Las galerías cubiertas, *vinea*, avanzan hasta á raíz de la muralla para que los soldados hagan brecha sin peligro.

la vista del suplicio advertiera y espantara á los demás.

Vercingetorix no había adquirido tan pronto semejante autoridad, sino porque respondía al sentimiento nacional, que estallaba al fin bajo los repetidos golpes de César. Sacerdotes y nobles habían abandonado la Galia; el pueblo se levantaba para salvarla agrupándose alrededor del héroe que revelaba á la vez su odio al extranjero y talentos superiores de organización. Su plan de ataque fué hábil: uno de sus tenientes, Luctero, descendía al Sur hacia la Provincia, que debía invadir, mientras marchaba él mismo al Norte contra las legiones. De paso, se detuvo para sublevar á los bituriges (Berry) clientes de los eduos, y lo consiguió, abriéndole sus puertas la gran ciudad de Avaricum.

Pero este retardo permitió á César llegar de Italia. El procónsul no temía esta vez que sus legiones, reunidas en tres puntos poco distantes unos de otros y obligadas á la vigilancia por las mismas circunstancias, se dejaran sorprender y se tomó el tiempo necesario para organizar la defensa de la Narbonense. Por lo demás, pocos días le bastaron para verlo y hacerlo todo: para expulsar al enemigo, pasar las Cevenas, á pesar de sus seis pies de nieve, y llevar la devastación al territorio arverno (53-52).

Vercingetorix estaba aun entre los bituriges, cuando llegaron estas noticias. Obligado por las murmuraciones de sus soldados, corrió á defender sus hogares. César había partido; había por segunda vez pasado las montañas, tomado en Viena un cuerpo de caballería y siguiendo la dirección del Ródano y el Saona, atravesado sin darse á conocer todo el país de los eduos de cuyas intenciones comenzaba á sospechar. Al llegar en medio de sus legiones, los belgas suspendieron sus armamentos.

La audacia y actividad del procónsul habían desbaratado el doble proyecto del caudillo galo, el cual, con menos prisa ya de ir al Norte, vino á sitiar á Gorgobina, la ciudad de los boyos, hacia la confluencia del Loira y el Allier, para decidir á la defección á este pueblo, cliente también de los eduos, como lo había hecho con los bituriges. Este acontecimiento arrastraría acaso á los mismos eduos, que en presencia de toda la Galia, sublevada contra Roma, vacilarían en su fidelidad.

César había concentrado sus fuerzas en Agedincum (Sens); avisó á los boyos su próxima llegada y precipitó su marcha con ocho legiones. De paso se apoderó de Vellau-nodunum (Chateau-Landon), ciudad de los senones, donde reunió provisiones, y alcanzó el Loira en Genabum (Gien?). Un impetuoso ataque de las legiones, á media noche, dió el resultado apetecido: la matanza fué espantosa y los pocos que quedaron á vida fueron vendidos como esclavos. Por el puente de Genabum pasó César el Loira y todavía tomó la primera ciudad de los bituriges que encontró en su camino, Noviodunum (Sancerre?); Vercingetorix acudió para salvarla y sólo pudo ver su ruina; por lo cual comprendió que con un enemigo como César era menester otro sistema de guerra. En un solo día, veinte ciudades de los bituriges fueron entregadas á las llamas por ellos mismos; y se decidió que á la aproximación de los romanos, imitaran todos los pueblos este heroico ejemplo. Se quería privar al enemigo de todo recurso para obligarlo á desprenderse de parte de sus fuerzas en busca de provisiones, lo que permitiría destruir su ejército en detalle. Pero no se llevó hasta el fin esta resolución, que ciertamente hubiera perdido á César: la capital del país, Avaricum, fué exceptuada. «No nos obliguéis á destruir con nuestras mismas manos la más hermosa ciudad de la Galia, decían los habitantes al consejo de guerra: os juramos que la defende-

remos y aun la salvaremos.» El consejo cedió, y luego al punto acudió César á tomarla.

Bien que situada en llano, esta ciudad (Bourges), defendida por dos ríos y algunos estanques, era de acceso difícil; los mejores guerreros de los bituriges se habían encerrado en ella y el grande ejército galo acampaba á algunas leguas de allí, á espaldas de las legiones, arrojando sin cesar en la plaza hombres y víveres.

Al cabo de algunos días, se encontró César en posición tan crítica que propuso á sus soldados levantar el sitio; pero los soldados protestaron todos á una voz, como si les hubiera exigido una cobardía. Satisfecho de esta prueba, impulsó el procónsul con mayor ahínco los gigantescos trabajos que los soldados romanos sabían llevar á cabo. En veinticinco días, se construyeron torres de batir y un terraplén de 330 pies de longitud por 80 de altura y ya tocaba á las murallas, cuando una noche lo incendiaron los sitiados por medio de una mina. Pero los soldados romanos estaban alerta, y después de un sangriento combate quedaron dueños de sus obras.

Refiere César que situado un galo en una puerta, lanzaba á una torre que estaba ardiendo bolas de sebo y pez para activar el incendio. Herido por un dardo que partió de un escorpión, cayó en tierra, y otro ocupó su puesto sin demora continuando la misma operación; el tercero siguió á éste igualmente herido ó muerto, y luego otro y otro, sin que un solo instante quedara el puesto desierto mientras duró el hecho de armas.

Pero César se admiraba menos del valor de los galos que de su destreza en imitar todo el arte de los romanos para hacer el sitio inútil. «Desviaban los arietes con lazos, dice, y luego que los enlazaban, tiraban de ellos con máquinas y nos los arrebataban. Por galerías subterráneas llegaban hasta nuestros terraplenes; trabajo que les era habitual, á causa de las minas de hierro de que abunda el país. Habían guarnecido sus murallas con torres, y las torres con cueros ó pieles. De noche como de día hacían frecuentes salidas, incendiaban nuestras obras ó acometían á nuestros operarios. A proporción que se alzaban nuestras torres sobre el terraplén, levantaban ellos sobre sus muros andamios ó armazones de vigas, que fijaban con solidez y arte. Si abríamos una mina, luego la descubrían é inutilizaban llenando el camino que seguían nuestros mineros de estacas puntiagudas y endurecidas al fuego, pez hirviendo ó rocas que embarazaban nuestro trabajo y nos impedían adelantar.»

La guarnición, sin embargo, fué la primera que se cansó, y en su virtud hizo saber á Vercingetorix que no podía resistir más, recibiendo del caudillo la orden de abandonar la ciudad. Pero antes que pudiera obedecer, aprovechó César un día frío y lluvioso para ordenar un ataque general. La plaza fué tomada á viva fuerza, y de cuarenta mil soldados ó habitantes que encerraba, ochocientos apenas pudieron escaparse al campamento galo.

Las cuantiosas provisiones que encontró César en Avaricum le bastaron para el resto del invierno (primeros meses del 52). Llegada la primavera, iba á emprender las operaciones ofensivas, cuando surgieron turbulencias entre los eduos. Una doble elección para la magistratura suprema de aquella ciudad amenazaba originar una guerra civil que podía hacerle perder el apoyo de los más antiguos aliados de Roma en la Galia. Elegido César árbitro de la cuestión pasó á Decesia (Decize), en territorio eduano, porque la ley prohibía al *vergobret* pasar la frontera, y después de haberse informado minuciosamente, resolvió el asunto en favor del candidato que le pareció debía reunir más adeptos:

tos: era este Convictolitán, á quien habían elegido los magistrados y sacerdotes. De regreso pidió á los eduos toda su caballería y diez mil hombres de á pie para escoltar sus convoyes. «Grandes favores, les decía, compensarán después de la guerra vuestros servicios.»

Estos servicios eran grandes, porque no habiendo vaciado, durante toda la guerra, en su fidelidad para con el que los había salvado de Ariovisto, los eduos y los secuanos habían garantizado á César la libertad de sus comunicaciones con la Provincia. Mientras la amplia vía del valle del Saona le estuviera abierta, podía penetrar sin temor en el Norte y en el centro del país. Hasta se creyó bastante fuerte, después de la toma de Avaricum, para dividir sus fuerzas. Labieno, con cuatro legiones, se dirigió del país de los senones al de los parisios, que Vercingetorix había sublevado, mientras César mismo conducía las otras seis contra los arvernos por el valle del Allier. El caudillo galo había roto todos los puentes, y á lo largo de la orilla izquierda, seguía todos los movimientos de las legiones, que marchaban por la orilla opuesta. César le ocultó una marcha y pasó el río; pero no pudo obligarlo á que aceptara la batalla en llano, y cuando apareció ante la capital de la liga, Gergovia de los arvernos, á legua y media al Sur de Clermont-Ferrand, la cubría ya el ejército galo.

La meseta en que estaba situada Gergovia, tenía mil quinientos metros de longitud, y unos quinientos de latitud, y se elevaba trescientos ochenta sobre la llanura y setecientos treinta sobre el nivel del mar, entre los villajos actuales de Romagnat, de Orcet y Chamonat, con pendientes abruptas por dos de sus lados y no muy fácil acceso por los otros. Un muro de seis pies, construido con gruesas piedras, cubría los aproches del *oppidum*, sobre la vertiente por donde el ataque debía pronunciarse. Uno de sus extremos se perdía en alturas inaccesibles; el otro iba á morir á la montaña de Risolles, de igual altitud que la de la meseta de Gergovia. Un paso de 120 metros de ancho ponía en comunicación las dos mesetas. Vercingetorix acampaba en la de Risolles, y un puesto establecido en la *Roca-Blanca*, le permitía proveerse de forraje y de agua en el valle del Auzón.

Los romanos se detuvieron enfrente del caudillo galo, también á las inmediaciones del Auzón, en unas colinas que dominaban una llanura favorable á las escaramuzas de la caballería. Desde sus líneas se veía el ejército de Vercingetorix, escalonado en las pendientes, y todas las mañanas al salir el sol podían reconocerse los oficiales que acudían á la tienda del general á recibir sus instrucciones (1). César había enseñado á los galos á atrincherarse. A vista de aquellas alturas con los contingentes de dos ciudades y tan sólidas defensas, tuvo un momento de inquietud. «Era, dice, un espectáculo espantoso.»

Su primer cuidado fué tomar una noche el puesto de Roca Blanca, que ocupó fuertemente, y abrir desde esta colina á su campamento principal un doble foso, de 12 pies de profundidad, que permitió ponerse á cubierto de la una á la otra posición. Para batir la llanura, se dispusieron sobre las trincheras numerosas máquinas que habían de salvar el ejército.

Litavico, jefe de los auxiliares eduanos enviados al campamento de César, había fomentado una insurrección en-

(1) Los galos se habían hecho á las costumbres romanas. Bra el uso en el servicio de campamento que todas las mañanas fuera un tribuno á la orden á la tienda del procónsul, ó pretor que mandaba el ejército, y le entregara los estados de presentes (Apiano, *Bell. civ. V*, 45).

tre sus tropas y quería conducirlas al campo de Vercingetorix. Avisado el procónsul de tan peligroso complot, corrió con cuatro legiones sin bagajes al encuentro de los insurgentes y se los atrajo; pero por más precauciones que se tomaron para ocultar esta partida de las principales fuerzas romanas, no pasó inadvertida para Vercingetorix. Él también veía lo que pasaba en las líneas de César y se había aprovechado de su ausencia para atacarlas. El teniente Fabio se había servido hábilmente de las dos legiones que le quedaban, rechazando todos los asaltos, gracias á las máquinas, que eran la artillería de los romanos; pero se había visto obligado á murar las puertas, lo que no se hacía más que en casos de extremo peligro y llamó á César con toda urgencia. El día siguiente reapareció el procónsul: había andado en veinticuatro horas 74 kilómetros entre ida y vuelta.

Acababa de sustraerse á dos peligros: la sedición eduana le hacía presentir otra mayor: la insurrección de la Galia, esta vez general. Pensaba, pues, en abandonar el sitio para atraer á su contrario á la llanura, cuando en una visi-



Litavico (2)



Teutomato, rey de los nitiobriges (3)

ta de los trabajos al campamento menor, reconoció que apoderándose de una colina (por encima de Merdogne), de donde los galos se habían retirado para concentrarse sobre la altura de Risolles, se podía llegar al antemural y encontrarse enfrente de una de las puertas del *oppidum*.

Ruidosas demostraciones hechas á derecha é izquierda por la caballería y por los sirvientes del ejército disfrazados con los cascos de los soldados desviaron la atención de Vercingetorix del verdadero punto de ataque, y las legiones conducidas al otro campamento por el doble foso, cuya trinchera los ocultaba á la vista, fueron lanzadas contra Merdogne (?). Alcanzaron tan rápidamente la colina y el primer muro, que Teutomato, rey de los nitiobriges, estuvo á punto de ser sorprendido en su tienda. Un centurión llegó hasta la cresta de la muralla de Gergovia, y los habitantes creían ya la plaza en poder del enemigo, cuando los galos, acudiendo en multitudes, restablecieron el combate y precipitaron de las alturas á los romanos. Los vencedores no se atrevieron, sin embargo, á bajar á la llanura, y la décima legión atacó fácilmente la persecución de los más ardientes. Esta jornada costó al procónsul setecientos hombres, incluso cuarenta y seis centuriones.

Fué un descalabro. César lo imputó á sus legionarios, lo

(2) Moneda de Litavico, jefe de los eduos. Cabeza de Venus á la derecha; un cetro delante de la figura. Reverso: LITAVICOS galopando á lomos de su caballo y llevando en la mano el jabalí-estandarte, el estandarte nacional (Saulcy).

(3) Votomapatís, rey de los nitiobriges, llamado *Teutomatus* por César. Busto de un jefe; en el reverso OMAPATIS; caballo suelto galopando. La leyenda de la izquierda, C. AIV. IVLLI, muestra que este jefe, nombrado ciudadano por César, tomó su nombre (*De Bello Gallico*, VII, 31, 46).

(4) Cabeza de Apolo. Reverso, CMBIL; un león. Atribuída inciertamente á Camulógenes (Saulcy).